

tó de repente, al sentir en su brazo un temblor de ira; el fuego que entró poco á poco en nuestras venas, el murmullo que se hizo en nuestra mente; el velo que se estendió ante nuestros ojos, á aquellas palabras percibidas confusamente: —Alto. —Detenidos. —Tocado. — Y aquella mancha color de púrpura entrevista como en medio de una niebla.

¡Ah! ¡Cómo han caido todos al fango, entónces, el orgullo, la ira, el rencor, la memoria de la ofensa, la ostentacion del valor, la sujecion de los testigos! Fuimos ofensor y ofendido; pero nos hemos arrojado al cuello de un salto con la fuerza de cien perdones en el alma, con la ternura de cien amistades en el corazon, sofocados por la compasion, murmurando precipitadamente las más afectuosas palabras que jamás salieron de nuestra boca, enjugando aquella sangre como nuestra sangre, besándole la cabeza como á un hijo, pidiéndole su afecto, jurándonos á nosotros mismos sobre nuestro honor que nunca pasará una sombra sobre nuestra santa amistad; y al alejarse de allí nos invadió un sentimiento de inexplicable desprecio, viendo en tierra, abandonada en el polvo, sórdida y siniestra, la espada que habíamos ensangrentado en su carne de hermano.

*
*
*

Pero la generalidad de los amigos rompen sin estrépito, como personas prudentes y educadas que quieren *salvar las conveniencias*, y esta separacion que no vá acompañada de injurias y escenas violentas que hacen imposible la reconciliacion, dan lugar á ciertos estados de enemistad singularísima que merecen un estudio particular.

Uno de los más frecuentes es el que sigue. Dos amigos se disgustan y separan bruscamente con parte igual de causa; pero con la presunta certeza de que jamás se reconciliarán. Por mucho tiempo creen firmemente que se odian. No puede imaginarse cuánta gente hay en el mundo, la cual cree odiar y no odia; poco más ó ménos igual al número de los que creen amar y no aman; porque un verdadero ódio no requiere ménos fuertes ni ménos raras cualidades de ánimo que las que requiere un verdadero afecto.

Despues de haber creido por mucho tiempo

odiarse, se acuerdan con un creciente sentimiento de simpatía de que jamás se odiaron y se sienten dispuestos á una franca reconciliacion. Pero el orgullo impide á los dos dar el primer paso.

Por esto, aquella enemistad aparente bajo la cual vive la amistad antigua, se prolonga años y años.

Y durante este tiempo, hablan bien uno de otro; algunas veces, y casi de oculto, se prestan pequeños servicios; no es raro que en un sitio público, volviéndose improvisadamente, sorprenda uno la mirada del otro que se fija sobre él con expresion de benévola curiosidad. Cien veces dicen entre sí los dos:—Es tiempo de acabar;—y se deciden á hacerse una visita al día siguiente.

Pero ha pasado tanto tiempo, la cosa parecería extraña, no se vería medio de encontrar una introduccion que no fuera bufa, se encontrarían en un embarazo de niños los dos: mejor es dejar las cosas como están.

Cuando más los dos amigos se acercan con el desco, cuando más claramente adivinan el uno en el otro el propio sentimiento, mas rehuyen las ocasiones de encontrarse, porque es más viva en ellos la vergüenza de no tener valor de romper aquella última capa de hielo; de modo que si antes se mi-

raban algunas veces, ahora vuelven la cabeza, y su continente, que expresaba al principio indiferencia, acaba por expresar decidida aversion.

Despues de seis ó siete años finalmente, despues de diez años algunas veces, un hermoso día volviendo en direccion opuesta la misma esquina, se encuentra cara á cara, se miran, están un momento inciertos, con la cara encendida, sonrñen, uno tiende la mano.... y todo ha terminado.

*
* *

La mayoría de las enemistades procede de razones fútiles, por esto la mayor parte de los enemigos acaban por reconciliarse bien ó mal; así que en la inmensa tela de la amistad humana puede decirse que se trabaja poco ménos en remendar que en romper. Las ocasiones son infinitas. ¿Cómo se puede resistir cuando se vé caminar delante de nosotros, en un camino solitario, á nuestro enemigo, no visto desde mucho tiempo, sólo y triste, con luto en el sombrero, con aquel caminar lento y como incierto de quien vacila aun bajo el peso de un gran dolor?

¡Qué miserable nos parece en aquel momento la causa de nuestra enemistad!

Se titubea un poco, despues se alarga el paso cautamente, y se va á pasar un brazo por el suyo, y la enemistad no es más que un recuerdo oscuro y lejano.

A veces son los niños de uno y otro que, reco-

nociéndose por la calle, escapan de la mano de los dos y corren á encontrarse, colmándose de caricias. Y entónces ¿qué hacer?

No pueden estarse allí, esperando que se separen y no pueden llamarse sin vergüenza: se ven obligados á seguir el ejemplo gracioso que les dá la santa ignorancia.

A menudo tambien, despues de muchos años son el hijo de uno y la hija del otro que se enamoran perdidamente y parece que la enemistad de sus padres en vez de refrenarles, les inflame y enardezca.

La mesa, sin embargo, es la pacificadora más frecuente y más eficaz de las enemistades. La inadvertencia de los amigos comunes os ha puesto demasiado cerca en un banquete carnavalesco; os mirais al sentaros y callais durante un rato; pero hay entre vosotros un maldito bufon que os obliga á reir á carcajadas y vuestras miradas encontrándose á vuestro pesar en estas risas, se entienden poco á poco y acomodan las cosas con su diálogo mudo, despues del cual, levantándoos, excitados tambien por la sangre de uva, os encontrais hablando amistosamente, sin recordar cómo habeis empezado.

Muchas reconciliaciones se hacen tambien de continuo, ménos por afecto que por interés oculto, al cual se quiere dar apariencia de afecto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE CIENCIAS Y LETRAS
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTREY, MEXICO

Algunos, rota una amistad en un primer ímpetu, se encuentran tan desconcertados en sus costumbres, privados de tantas pequeñas comodidades y placeres, que despues de haber vagado unos cuantos días solos, como aburridos, sin saber donde meter la cabeza, van á buscar al amigo, humildemente, como irían á buscar á un servidor despedido, reconocido indispensable despues que ha tomado el camino.

Otros, visitados por la fortuna, contentos de sí y del mundo, piden como una gracia una amistad perdida, únicamente para quitarse aquella sombra de los ojos, y ver todas las cosas en su punto, como administradores prudentes y escrupulosos de la propia dicha.

Otros se reconcilian espontáneamente con sus enemigos cuando un golpe de fortuna les ha llevado en alto, no ya con un fin innoble, sino porque desvanecida la esperanza de tenerlo por debajo, no encuentran ya gusto en la enemistad, se cansan de una lucha inútil y cesa el ódio verdaderamente en ellos, cesando la posibilidad de poder satisfacerlo.

Pero no siendo el corazon quien las ha provocado, á todas estas reconciliaciones no sucede por lo general más que un simulacro de amistad.

Rarísimas son las que, despues de ellas, la amistad proporciona todos los frutos que dió en un principio.

*
* *

Todo esto no nos salva de los casos de amistad asesinada. Imprevistamente, bajo la apariencia de una afeccion antigua y probada, descubris la maledicencia más bajamente calumniosa, vuestros secretos más íntimos publicados, vuestra casa manchada, todo aquello que habeis dado ó confiado á vuestro amigo arrojado por él y dispersado á espaldas vuestras con una mano, mientras con la otra os colocaba la vuestra sobre su corazon.

Bajo aquel golpe vacilais como á un martillazo en el cráneo, y el edificio entero de vuestra amistad vacila y tiembla como para derrumbarse.

No hay cosa más horrenda que estas personas amadas que se corrempen de repente en vuestro abrazo.

¡Oh, la noche de infierno pasada, en seguir con la imaginacion ardiente al enemigo, en alcanzarlo, en meterle balas de plomo en el cerebro y hojas de acero en el corazon, ahullando como fieras! ¡Y

las horas, aun más angustiosas pasadas mordiéndose las manos, despues que, hablando con él, le habeis oido burlarse de vuestra ira que dejó caer con desprecio!

Ningun consuelo se os concede: ni la venganza, ni el perdon, ni el olvido.

El mónstruo que no tiene sangre y no presenta presa, se os ha unido al alma por mil recuerdos que no podeis matar; sentís su voz por la calle; su aliento en medio de vuestras palabras; os parece ver su huella odiosa por allí donde pasais; creeis verle huir por todas partes como un ladron, cargado con las confidencias afectuosas que os ha robado y por mucho tiempo os sentís como atosigados por aquel recuerdo y corrompidos por aquel odio vuestros sentimientos; mirareis con desconfianza á vuestros amigos más íntimos, rechazareis la cortesía de los desconocidos, tendreis necesidad de hacer mal, de negar, de reir y no reposareis de aquel tormento más que para experimentar una gran tristeza de estar miserablemente cambiado.

*
* *

Pero cuando el amigo no es despreciable y tiene tambien su razon de odiar y la ofensa hiere más el orgullo que vuestro corazon, el odio puede destruirse con la voluntad, trabajando paciente y regularmente un poco cada día: desatando, por decirlo así, uno á uno todos los nudos que lo forman, y separando poco á poco todos los hilos de cada nudo.

La mayor parte no lo consiguen, porque lo hacen mal; creen librarse de aquel silicio del odio, esforzándose en no pensar en el enemigo, de suprimirlo casi de la propia memoria; lo cual no logra más que exacerbar su pasion, porque cada vez que aquella imágen se representa, y es inevitable, á su mente, le entra con otra tanta violencia con cuanta había sido arrojada y encuentra el corazon siempre vírgen y fresco para sentir el efecto.

Es preciso, por el contrario, fijar aquel pensamiento en la mente y procurar endulzar en el menor tiempo posible todo lo que tenga de amargo.

Grabarse aquella imágen en la cabeza y darle vueltas por todos lados; figurarse detalladamente, todo aquello que nuestro enemigo podrá pensar, decir y hacer contra nosotros, buscando siempre lo peor de lo peor é insistir pacientemente en estas ideas, de manera que ninguna de ellas pueda jamás presentarse de sorpresa y bajo un aspecto nuevo á reavivar con una sacudida imprevista nuestro ódio.

En un principio se tiembla ante esta prueba. Pero despues de habernos atormentado un poco con la imágen de nuestro enemigo, acaba por descansar nuestra sensibilidad por lo que hace á él; aquella figura, ya no se nos presenta con aquellos monstruosos y enormes colores con que la veíamos antes, mirándola confusamente y de pasada en un ímpetu de desden impaciente.

Mas tarde procuramos tambien examinar la persona con mayor frialdad, esforzándonos; como si estuviéramos fuera de quicio por reconocer algun lado suyo bueno, alguna cosa que pudiera hacernos parecer, en parte, excusable su sinrazon para con nosotros, algun acto suyo, ciertas espresiones del rostro, ciertos aspectos cómicos que lo hicieron amable y agradable en otro tiempo.

Y aprovechamos nuestros mejores momentos para arrancarnos á nosotros mismos alguna nueva con-

cesion; intentamos dar un paso hácia adelante á cada momento de tregua que nos concede nuestra pasion distraida de un placer ó de una emocion afectuosa; nos representamos al enemigo en el pasado y en el futuro, en todos sus aspectos más conciliantes y más compasivos: niño, en brazos de su madre; adulto, vacilando bajo la sacudida de la primera gran desventura de familia; hombre maduro, encorvado sobre una cuna, con el terror y la desesperacion en los ojos; viejo, deshecho por las enfermedades, extendido sobre su lecho de muerte, con las manos blancas cruzadas.

Y puesto que nos apercibimos de que el ódio se inflama expresándolo, no lo expresemos, impongámonos silencio cada vez que suena á nuestros oidos aquel nombre; y este esfuerzo, que siempre es más fácil, nos deja el ánimo más tranquilo.

Hagamos todavía más: esforcémonos alguna vez en elogiar al enemigo con acento que no haga traicion á la mala gana; y esta ficcion es de grandísimo efecto, porque siempre sucede que odiamos realmente ménos á aquellos enemigos respecto de los cuales somos elogiados por portarnos noblemente, por aquellos que leen en nuestro corazon.

Arrojados así con un artificio, ó turbados ó interrumpidos violentamente ciertos pensamientos hos-

tiles, van dispersándose poco á poco de la mente, como se dispersa una bandada de pájaros.

Quedamos admirados al ver que podemos obtener tantas cosas de nosotros mismos, con los mismos medios, con las mismas palabras, puede decirse, con las cuales solíamos tener otros.

Y acabamos por poner cierta curiosidad en encontrar no sé qué deleite en nuestro trabajo oculto de limador infatigable de nuestro odio. La imagen del enemigo nos despierta todavía un sentimiento de aversion cuando surge inesperadamente; pero es un sentimiento mucho ménos duradero, un dolor agudo y rápido como el de un golpe en el codo; y si insiste alguna vez, tenemos á mano mil imágenes y mil pensamientos pacíficos que, á una señal de la voluntad, acuden en tropel, disciplinados y unidos y cierran el camino del corazón á la ira que quiere penetrar.

Otro poco de perseverancia y llega un tiempo en que aquella imagen ya aborrecida é insoportable, á fuerza de ser evocada, pensada, palpada y hecha familiar en nuestra mente, entra, vuelve, sale, se confunde con otras imágenes, sin producir la más ligera perturbacion. Evoquemos entonces las palabras más acerbas que nuestro enemigo pueda decir contra nosotros, traigamos á la memoria las

particularidades más odiosas de su ofensa, y no sentiremos ninguna amargura.

Y entonces exhalaremos un gran suspiro y pronunciaremos el grito de triunfo.

—¡El enemigo no existe, el odio ha muerto, el corazón es libre!



¡Así pudiéramos librarnos de los enemigos que nos odian porque tienen razón para odiarnos! No hay hombre honrado, no hay hombre de corazón, no hay caballero que no se haya portado villanamente con alguno de sus amigos. Tenemos todos enemigos cerca ó lejos, á los cuales no podemos decir una palabra que nos justifique.

Les hemos ofendido en el fondo del alma, con el corazón ligero, en un tiempo en que el sentimiento poderoso de la juventud nos hacía soberbiamente sor-dos á los tímidos reproches de la conciencia, y nos parecía que los casos de una vida vária y agitada, nos harían olvidar fácilmente aquellas pequeñas villanías de nuestros primeros años.

Y las olvidamos, con efecto; pero no para siempre. Quince años después empezamos á sentir el remordimiento y la vergüenza.

Léjos, ocupados por mil pensamientos, rodeados de gente nueva, abrumados de satisfacciones de

amor propio, y bien queridos de todos, nos vemos comparecer delante aquellas caras de amigos ofendidos, los cuales, cada vez que hablamos de bondad y de amistad, nos dicen:

—¡Mientes!—y se ocultan tras la gente que nos aprecia.

Y con cuanto más ardor nos esforzamos por corregirnos y ennoblecernos, tanto más sonora llega á nuestro oído y más profundamente perturba nuestro ánimo aquella voz.

Daríamos la estimación y la benevolencia de otros cien, por conseguir la benevolencia y estimación suya. Sentimos que jamás tendremos completa paz hasta que no estemos en paz con ellos. Y cien veces, de noche, sobreescitados por aquella idea, hacemos propósito de escribirles, de ir á pedirles su amistad perdida ..

Pero siempre nos espanta el pensamiento de que nos rechace, lo cual nos empujaría á una lucha estúpida y brutal; ó nos impondría una resignación superior á nuestras fuerzas. Sin embargo, aquel acto de buscar la paz, no es noble, sino en cuanto lleva consigo el riesgo de incurrir en el castigo que hemos merecido...

Pero sin duda, es mejor esto, porque continuando con aquella espina clavada en el corazón, encontra-

remos palabras más persuasivas, que hace aun más eficaces un acento sincero de tristeza, cuando diremos á nuestros hijos:

—Sed buenos amigos; no seais nunca los primeros en romper si á ello no os obliga la dignidad, mantened firme la amistad, hasta que os falten las fuerzas del corazon, porque los placeres del orgullo desaparecen pronto y los tormentos de la conciencia duran siempre.



EN EL CAMPO

